

En el XXIX aniversario del martirio de monseñor Romero Las últimas homilías*

**Miguel Cavada Diez,
Jon Sobrino,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

A solas con Dios —y con enfermos incurables— en el hospitalito

El 24 de marzo de 1980, monseñor Romero tuvo su última homilía en la capilla del Hospital de la Divina Providencia para personas pobres, enfermas de cáncer incurable. “El hospitalito”, como se le conoce, fue el lugar privado y personal donde monseñor tuvo que habérselas a solas con Dios.

Nombrado arzobispo, la oligarquía quiso ganárselo y le ofreció un palacio episcopal con los honores y comodidades mundanas habituales. Pero monseñor lo rechazó y se fue a vivir a una modesta habitación junto al hospitalito. Allí, durante tres años recibió, muchas veces de noche, a personas de todo tipo que le pedían ayuda en situaciones difíciles y desesperadas. Los sábados allí preparaba sus homilías dominicales con libros de teología bíblica, con informes de las violaciones de derechos humanos y con todo lo que tuviera que ver con la pobreza del pueblo. Se informaba también de lo ocurrido en la semana, lo malo ciertamente, y también lo bueno, que con frecuencia era heroico. Lo analizaba y lo juzgaba, lo alababa, según los casos. Todo ello para buscar resquicios de esperanza para un pueblo que sufría lo indecible.

Y en el hospitalito, como Jesús junto al lago o en el huerto, oraba al Dios que ve en lo escondido. Contaba la hermana Teresa que a altas horas de la ma-

* En este XXIX aniversario del martirio de monseñor Romero, queremos recordar sus últimas homilías. Para ello, reproducimos, ligeramente modificada, la introducción al tomo VI de la edición crítica de las homilías de monseñor Romero, publicadas por UCA Editores, que van del 9 de diciembre de 1979 al 24 de marzo de 1980.

drugada a veces veía luz en las habitaciones de monseñor, y le llevaba un zumo de naranja. Lo encontraba rezando, a veces con el rosario en las manos.

En el hospitalito, monseñor Romero vivía solo, lo cual no era evidente, pues era tiempo de amenazas y monseñor era consciente de que su vida corría peligro, como lo manifestó públicamente en los últimos meses de su vida. Las hermanas le insistieron en que buscara a alguien que lo acompañara a la noche, pero él no aceptó. No hizo alarde alguno de valentía, pero sí defendió lo más propio suyo. El monseñor rodeado de multitudes, a quien le producía profundo gozo estar con su pueblo en catedral y en los cantones, en el hospitalito estaba solo y sin seguridad. Estaba y vivía con su Dios.

Las personas más cercanas —a pocos metros de su habitación— eran unas mujeres, enfermas de cáncer incurable, pobres todas ellas, con la angustia añadida de no saber qué sería de sus hijos una vez muertas ellas. Monseñor —tan indiferente a honores mundanos— confesó que le hubiese gustado que le hubieran concedido el premio Nobel de la paz de 1978 para, con el importe del premio, aliviar la suerte de las mujeres enfermas.

Esas madres del hospitalito, pobres, enfermas, angustiadas, acompañaban a monseñor en su soledad ante Dios. Eran el símbolo real de muchas otras madres de hijos muertos, desaparecidos, torturados, y de todo un pueblo en sufrimiento atroz con el que monseñor tuvo contacto directo en sus visitas a los cantones. Como un Jeremías o un Amós, decía: “Esto es el imperio del infierno”. Y, en especial, sintió profundamente que a él se le dirigía la palabra de Jahvé a Isaías: “Consuelen, consuelen a mi pueblo” (Is 40, 1).

Este hospitalito no es, pues, sólo un lugar, un *ubi* de la geografía de monseñor Romero, sino que es un símbolo para conocer bien a monseñor y las raíces más profundas de su vida. En el hospitalito está el secreto de monseñor, y de su palabra.

Hoy, treinta años después, sigue siendo decisivo tener presente el hospitalito al leer sus homilías. En él las preparó, y en la capilla del hospitalito predicó su última homilía. El 24 de marzo, a las cinco de la tarde, celebró una misa de aniversario por doña Sarita Meardi de Pinto, a pesar de que le habían aconsejado que no lo hiciera. La misa había sido anunciada en la prensa, y podía ser peligroso estar en ese lugar y a esa hora. Monseñor insistió en celebrarla, y terminó la homilía con estas palabras:

Que este cuerpo inmolido y esta carne sacrificada por los hombres nos alimente también a dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo: no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente, en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros.

Estas palabras son espléndidas para pasar de la homilía al altar en cualquier eucaristía. Pero son, además, las últimas palabras de monseñor Romero. En ese momento sonó el disparo. Un francotirador puso un *amen* pascual a su palabra. Se había consumado su entrega a Dios y a su pueblo. Como la de Cristo. Con esas palabras terminó la homilía. La pascua no fue ya palabra, sino muerte real. Y vida para siempre.

Con estas palabras comenzamos también la introducción a este último tomo de las homilías de monseñor Romero. Son un testamento, lo más profundo que nos ha dejado monseñor. Son también una pregunta de si las hemos puesto a producir o no. Son una invitación a todos, obispos y arzobispos, sacerdotes y religiosas, cristianos y cristianas de movimientos y de comunidades, a hacerlas realidad hoy. Y son una necesidad en una Iglesia que, oficialmente, se ha ido distanciando de monseñor. Y son una necesidad para un pueblo que no sabe a dónde mirar para encontrar la dirección y esperanza que tanto necesita.

Ojalá no nos equivoquemos cuando recordamos hoy a monseñor Romero. La canonización no es lo fundamental, puede esperar. Sí lo es poner a producir su testamento.

Con el pueblo en Catedral

En el hospitalito se encuentra la raíz de monseñor; en Catedral se ven sus frutos. En ambos lugares monseñor vivió con Dios y con el pueblo. Pero se puede decir que en el hospitalito vivió más escondidamente con Dios, y en catedral, más públicamente con su pueblo. De ello dan fe las homilías dominicales.

En este tomo publicamos sus últimas homilías. *Últimas* no solo en sentido temporal, sino en el sentido de *kairos*, un tiempo en que se densifica la historia y se avizora a Dios.

Los últimos meses de su vida fueron ciertamente días densos. La iniquidad y el horror iban en aumento. Y fueron también densos en generosidad y entrega de muchos hombres y mujeres —entre ellos, seis sacerdotes que ya habían sido asesinados—. Para monseñor Romero fueron “la hora” de la que habla Juan (Jn 17, 1), “larga hora” de aquellos cuatro últimos meses. Se necesitaba la palabra que explicara, denunciara y condenara lo que estaba sucediendo. Que alabara y agradeciese la generosidad de los mártires. Y, sobre todo, que diese ánimo y esperanza al pueblo.

Estas homilías son las más completas, tanto en presentar la palabra de Dios, como en contar lo ocurrido, analizarlo y juzgarlo. Fue en aumento la crudeza de la denuncia, la exigencia de conversión y el asirse a la esperanza. En este contexto de lacerante realidad, no desde una cátedra desencarnada, monseñor hizo uso de todos los medios a su alcance para comunicar el mensaje. Citó el magisterio de la Iglesia, y sobre todo el evangelio, la Escritura, como inapelable

palabra de Dios. Y como aporte suyo más propio, puso en palabra los clamores del pueblo que subían hasta Dios cada vez más tumultuosos, como dice Medellín. Por todas estas razones, estas homilías son también las de mayor duración: hora y media cada una de ellas en promedio.

En ellas, comparándolas con las anteriores, monseñor añadió algo novedoso en lo que queremos detenemos un momento: el análisis político de la realidad del país, sus causas y sus caminos de solución. Es importante recalcarlo y comprender el porqué de esa novedad.

La jerarquía suele insistir —también lo solía hacer monseñor— en que la Iglesia “no debe meterse en política”, aunque bien sabía él que, queriéndolo o sin querer, siempre suele estar metida en ella. Le parecía razonable mantener la distinción entre política partidista —que no es el campo específico de la Iglesia— y el volcarse hacia la *polis* para transformarla en reino de Dios —en lo que la Iglesia tenía que estar en primera fila—.

Sabía también que el problema mayor de la Iglesia no solía consistir en *entrar en política popular*, la de las mayorías populares, de izquierda si se quiere, sino en *salirse de la política dominante*, la de la oligarquía, de derechas. Pues bien, teniendo todo esto en cuenta, monseñor “se metió en política”, y lo hizo de manera precisa: analizando y dando su juicio sobre los tres proyectos que surgieron después del golpe de Estado del 15 de octubre de 1979. Condenó el proyecto de la oligarquía, en el que no veía bondad alguna. Al proyecto de la democracia cristiana le exigió el control de la represión, o abandonar el Gobierno. Y vio más esperanzas en el proyecto popular, sobre todo si se unían las fuerzas populares, no absolutizaban su ideología y evitaban siempre la violencia injusta.

Ese modo de hablar, claro, sobre la realidad política en una homilía, y de hacerlo concreta —y razonadamente— era algo nuevo. En términos no ya de política, sino de humanidad, suponía dar ultimidad al sufrimiento de los pobres, ante lo cual nada hay “más último”. Casaldáliga lo acaba de decir con otras palabras: “Todo es relativo menos Dios y el hambre”. “Que la Iglesia no debe meterse en política” no es, pues, aunque comprensible, algo último. Y es que, yendo al fondo del asunto, lo último no es la Iglesia y lo eclesial, sino “Dios y el pueblo sufriente”, “la obediencia a la palabra de Dios” y a la autoridad de los que sufren, autoridad “última”, como dice J. B. Metz. La Iglesia debe “amar y defender a Dios” —a un Dios que, como dice Puebla, “defiende y ama al pobre”—. Y debe amar y defender al pobre. En definitiva, pienso que en las homilías de monseñor Romero la última palabra, sin confusión, pero siempre en relación, la tienen Dios y el pueblo sufriente.

La víspera de su asesinato, monseñor sintió la necesidad de recalcarlo una vez más. Pero también sintió la necesidad —como Sócrates ante los jueces que le iban a condenar a muerte— de defenderse de ataques y persecuciones injus-

tas, que no eran producto de la ignorancia, sino sobre todo de la vileza. En San Salvador habían corrido hojas volantes que decían “haga patria, mate un cura”. Y en el colmo de la aberración, se pudo leer en la portada de un periódico: “Monseñor Romero vende su alma al diablo”. En ese contexto, repleto de persecuciones y difamaciones durante años, habló monseñor el 23 de marzo.

En parte, quiso defenderse:

Ya sé que hay muchos que se escandalizan de esta palabra y quieren acusarla de que ha dejado la predicación del evangelio para meterse en política; pero no acepto yo esta acusación, sino que hago un esfuerzo para que todo lo que nos ha querido impulsar el Concilio Vaticano II, la reunión de Medellín y de Puebla, no sólo lo tengamos en las páginas y lo estudiemos teóricamente, sino que lo vivamos y lo traduzcamos en esta conflictiva realidad de predicar como se debe el evangelio para nuestro pueblo.

Con estas palabras puso por testigo de su inocencia a lo mejor de la Iglesia, y con ellas desenmascaró la hipocresía. Pero, sobre todo, quería mostrar su decisión de “mantener la ultimidad de la palabra de Dios”, sin trivializarla, ni por rutina ni por desidia, lo que bien puede ocurrir, aun cuando vaya acompañada de ciencia teológica, si la palabra no tiene credibilidad ni muestra amor al pueblo. Con palabras memorables, con toda sencillez e indefensamente, monseñor Romero confesó en esa misma homilía cuál era la fuente última de la que todo dimanaba:

Le pido al Señor, durante toda la semana mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y, aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión. (Homilía del 23 de marzo de 1980).

Estas palabras resumen su proceder durante tres densos años de predicación. “Recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen”, fue buscando —y encontró— la palabra oportuna, que podemos sintetizar de esta manera: es la palabra que *recoge el clamor* del pueblo y que *escandaliza* porque denuncia a los poderosos. Y con la ayuda del Vaticano II, Medellín, Puebla, de la doctrina social de la Iglesia —y con la ayuda que recibía de expertos para analizar la realidad y sus causas—, es la palabra que *analiza y juzga* la realidad concreta del país.

Como Amós y Jeremías, monseñor llamó a todos al *arrepentimiento* y a la *conversión*, con claridad a los responsables de la opresión y de la represión, y con vehemencia cuando llevaba a la muerte de inocentes. Y lo más humano, ya lo hemos dicho: *consoló* a su pueblo como un Isaías que ha recibido ese encargo de Dios.

La verdad sin componendas

En los últimos meses, monseñor Romero se esmeró todavía más, si cabe, en decir la verdad, verdad que estaba a favor del pueblo, que muchas veces sólo tenía la verdad en su favor. De ahí que la denuncia profética subió de tono. Y también el juicio concreto sobre los tres proyectos políticos que antes hemos mencionado. En octubre de 1979 hubo un golpe de Estado pacífico, y llegó al poder una Junta de Gobierno de civiles y militares, a la que siguieron otras dos cuando algunos de los civiles abandonaron la primera Junta. Bajo la Junta de los demócrata-cristianos se promulgó una reforma agraria, más la nacionalización del comercio exterior y de la banca.

En principio, monseñor Romero —junto con el padre Ellacuría y otros— no se opuso a la nueva junta, producto del golpe, aunque la aceptó con muchas reservas y con la condición absolutamente necesaria de que cesase la represión. Era la esperanza utópica de evitar la debacle espeluznante que se cernía sobre el país. A esa esperanza quería asirse. Pero la represión al pueblo, que había comenzado a mediados de los setenta y que se encaminaba hacia una guerra cruel, no cesó, y tampoco se llevaron a cabo las reformas. Eso le llevó a monseñor a hablar con absoluta claridad y concreción sobre la situación política y económica. Su palabra mantenía la orientación proveniente de la doctrina social y de la ética, pero su insistencia fue en la denuncia en sentido estricto. Esta se hizo todavía más dura y más necesaria: había que frenar la guerra civil que se avecinaba.

A continuación vamos a recordar, sin comentarios, algunas denuncias a los diversos sectores. Pero antes recordemos unas palabras, llenas de honradez y muy de monseñor: “hay que comenzar por casa”. La Iglesia tiene que comenzar la denuncia por sí misma. Se lo exige Dios, y ante ese juicio de Dios no hay apelación. Pero, además, la honrada autocrítica le otorga credibilidad. Confiere eficacia a la denuncia del pecado del mundo.

Todo el que denuncia debe estar dispuesto a ser denunciado y, si la Iglesia denuncia las injusticias, está dispuesta también a escuchar que se la denuncie y está obligada a convertirse. Y los pobres son el grito constante que denuncia no sólo la injusticia social, sino también la poca generosidad de nuestra propia Iglesia. (Homilía del 17 de febrero de 1980).

Digamos, antes de seguir adelante, que no conocemos denuncias de tal gravedad de obispos de la época moderna de la Iglesia. Ciertamente, no en iglesias del mundo de bienestar. En el llamado Tercer Mundo, también han ido desapareciendo en las dos últimas décadas —con la excepción, espléndida, de don Pedro Casaldáliga y algún otro—, aunque todavía resuena el eco de las denuncias de la generación de obispos de Medellín. Y también da gusto encontrarse con Christophe Munzihirwa, arzobispo de Bukavu, República de Zaire, quien defendió a

cientos de miles de refugiados y denunció, por nombre, a las potencias extranjeras. En octubre de 1996, murió asesinado, y ahora le llaman el Romero de África. Pero la denuncia profética hoy escasea como por principio, como si bastase sustituirla con declaraciones éticas o con la doctrina social de la Iglesia. Craso error, pues, entre otras cosas, eso no genera conciencia colectiva. Recordemos algunas de las últimas denuncias proféticas de monseñor.

Monseñor hizo a la oligarquía responsable última de la opresión y represión, y de la guerra que se cernía. Nunca hubo odio en él, sino inmenso cariño a las víctimas y amor, difícil, a sus verdugos.

[Hago] un llamamiento a la oligarquía. Les repito lo que dije la otra vez: “No me consideren juez ni enemigo. Soy simplemente el pastor, el hermano, el amigo de este pueblo, que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias; y en nombre de esas voces, yo levanto mi voz para decir: no idolatren sus riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás”. (Homilía del 6 de enero de 1980).

No habló con disimulos, sino con severidad:

Que los poderosos de la oligarquía reflexionen con serenidad humana o cristiana, si es posible, el llamamiento que Cristo les hace hoy desde el Evangelio: “Ay de ustedes, porque mañana llorarán”. Es mejor, repitiendo la imagen ya conocida, quitarse a tiempo los anillos antes que les puedan cortar la mano. Sean lógicos con sus convicciones humanas y cristianas, y den un chance al pueblo a organizarse con un sentido de justicia, y no quieran defender lo indefendible. (Homilía del 17 de febrero de 1980).

Y en ocasiones con dureza extrema, al denunciar el egoísmo cruel y la opresión:

[El proyecto de la oligarquía] está tratando de organizar y ampliar sus fuerzas para defender sus intereses. Nuevamente, a nombre de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, hago un nuevo llamado para que oigan la voz de Dios y compartan con todos gustosamente el poder y las riquezas, en vez de provocar una guerra civil que nos ahogue en sangre. (Homilía del 13 de enero de 1980).

A la Fuerza Armada, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte y Junta de Gobierno les dirige estas palabras, en denuncia de la represión, la saña y la crueldad:

La Junta de Gobierno debe ordenar, en forma eficaz, el cese inmediato de tanta represión indiscriminada, porque la Junta también es responsable de la sangre, del dolor de tanta gente. Las Fuerzas Armadas, sobre todo los cuerpos de seguridad, deben deponer esa saña y odio cuando persiguen al pueblo; deben demostrar, con hechos, que están en favor de las mayorías y que el proceso que han iniciado es de carácter popular. Ustedes, o muchos de ustedes, son de extracción popular, por lo que la institución del Ejército de-

bería estar al servicio del pueblo. No destruyan al pueblo, no sean ustedes los promotores de mayores y más dolorosos estallidos de violencia con los que justamente podría responder un pueblo reprimido. (Homilía del 20 de enero de 1980).

Al presidente Carter, en denuncia del sometimiento y del imperio —*impe-rium magnun latrocinium*, que decía Agustín—:

Como salvadoreño y arzobispo de San Salvador, tengo la obligación de velar por que reine la fe y la justicia en mi país. Le pido, si en verdad quiere defender los derechos humanos: Prohíba se dé esta ayuda militar al Gobierno salvadoreño. Garantice que su Gobierno no intervendrá directa o indirectamente en presiones militares, económicas, diplomáticas, etcétera, en determinar el destino del pueblo salvadoreño. (Carta al presidente Carter, homilía del 17 de febrero de 1980).

La postura de la Fuerza Armada se ha ido haciendo, cada vez más, prooligárquica y brutalmente represiva. Desde mi palabra evangélica, llamamiento de conversión, quiero desear que los Estados Unidos, mientras no se conviertan nuestras Fuerzas Armadas, no les dé más ayuda. (Homilía del 24 de febrero de 1980).

A las organizaciones populares, aunque con comprensión de pastor y hasta con cariño, también les dijo palabras de crítica (denuncia de la arrogancia y la manipulación):

Queridos hermanos de las organizaciones populares políticas... las reivindicaciones del pueblo son muy justas y hay que seguir defendiendo la justicia social y el amor a los pobres; pero, por eso, si de verdad amamos al pueblo y tratamos de defenderlo, no le vayamos a quitar lo más valioso: su fe en Dios, su amor a Jesucristo, sus sentimientos cristianos. (Homilía del 10 de febrero de 1980).

Urge que las organizaciones populares vayan madurando para que cumplan su misión de llegar a ser intérpretes de la voluntad del pueblo. (Homilía del 24 de febrero de 1980).

No callamos los pecados, también de la izquierda; pero son desproporcionadamente menores ante la violencia represiva. (Homilía del 9 de marzo de 1980).

A esas organizaciones populares y, sobre todo, a las de carácter militar y guerrillero del signo que sean, les digo también que cesen ya esos actos de violencia y terrorismo. (Homilía del 20 de enero de 1980).

Siento como pastor que tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aun cuando desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones; pero así, también,

quiero mantener mi autonomía para criticar todos los abusos de la organización. (Homilía del 16 de diciembre de 1979).

[Alguien del movimiento popular] me dijo que yo ya no servía al pueblo [...] y que estaba con el poder. Yo le dije que eso me ofendía mucho. (Homilía del 23 diciembre de 1979).

La buena noticia de Dios

Con el mismo vigor de la denuncia —y con mayor audacia, si se quiere—, monseñor anunció una buena noticia, sorprendente y bienaventurada: la buena noticia de Dios. No se cansó de repetir el Emmanuel, Dios con nosotros. Sin ninguna rutina, y en las horas más trágicas de El Salvador, decía:

Dios va con nuestra historia. Dios no nos ha abandonado, Dios va sacando partido hasta de las injusticias de los hombres. (Homilía del 9 de diciembre de 1979).

Ningún cristiano debe sentirse solo en su caminar, ninguna familia tiene que sentirse desamparada, ningún pueblo debe ser pesimista, aun en medio de las crisis que parecen más insolubles. (Homilía del 16 de diciembre de 1979).

Monseñor no era dado a definiciones, ni menos aún a encerrar en palabras el misterio de Dios. Pero le llegó muy dentro una conocida sentencia de san Ireneo, en el siglo II, que parafraseó desde El Salvador. “La gloria de Dios es que el hombre viva”, decía Ireneo. Y monseñor Romero, casi dos mil años después, la reformuló y mejoró —si se nos permite la expresión— de acuerdo al evangelio: “La gloria de Dios es que el pobre viva”. “*Gloria Dei vivens pauper*”, dijo en Lovaina el 2 de febrero de 1980. Ireneo prosigue: “Y la gloria del hombre es la visión de Dios”, lo que no suele ser muy recordado y tenido en cuenta. Pero sí lo hizo monseñor. Pocos días antes de ser asesinado, dijo:

Ningún hombre se conoce mientras no se ha encontrado con Dios. Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación fuera que fuésemos a encontrarnos con Dios. (Homilía del 10 de febrero de 1980).

Con gran humildad y sencillez habló de su deseo más íntimo: “Que yo no sea un estorbo en el diálogo de ustedes con Dios”. Y en la misma homilía añadió: “Me alegra mucho cuando hay gente sencilla que encuentra en mis palabras un vehículo para acercarse a Dios” (homilía del 27 de enero de 1980). Y sin sectarismo alguno, sino con sincera apertura a todos, dijo: “Sin Dios no puede haber liberación” (homilía del 2 de marzo de 1980).

“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”

Monseñor Romero tomó en serio las palabras de Puebla. A los pobres Dios “los ama y los defiende”. Lo primero le llevó a desgastarse en una pastoral a fa-

vor de la vida de los pobres. Lo segundo, a enfrentarse con quienes los oprimían y reprimían. Y puso a su Iglesia en esa dirección, de modo que fue una “Iglesia de los pobres”. “Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas” (discurso de Lovaina, 2 de febrero de 1980). Ya lo había dicho antes con otras palabras, escalofriantes: “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo” (homilía del 24 de junio de 1979).

Esa Iglesia era el cuerpo de Cristo en la historia, como escribió en su segunda carta pastoral. Ciertamente, era su cuerpo crucificado. Al comienzo de su ministerio, el 19 de junio de 1977, monseñor Romero dijo a los campesinos de Aguilares estas palabras inauditas: “Ustedes son el Divino Traspasado” —“el Cristo crucificado”, que en 1980, muerto ya monseñor, formuló Ignacio Ellacuría—. Poco antes de caer asesinado él mismo, las volvió a repetir, con mayor vigor si cabe: “Todo hombre es hijo de Dios y cada hombre matado es un Cristo sacrificado que la Iglesia también venera” (homilía del 2 de marzo de 1980). Y esa Iglesia, y ese pueblo, no otros, según la lógica del evangelio, le produjo gran gozo: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” (homilía del 18 de noviembre de 1979).

Monseñor Romero dirigió y movió a esa Iglesia como seguidor, él mismo, del Cristo sufriente. En su última homilía no tuvo empacho en proclamarlo para todos.

El que quiera apartarse del peligro perderá su vida; en cambio, aquel que se entrega, por amor a Cristo, al servicio de los demás, éste vivirá como el grano de trigo que muere, pero aparentemente muere. Si no muriera, se quedaría solo. (Homilía del 24 de marzo de 1980).

Hasta el día de hoy, en un mundo que se llama de *globalización*, pero que vive en trance de cruz, que pretende quitar aristas al horror de la realidad y silencio a millones de crucificados —en Irak, en el Congo, en Gaza, en Haití—, hacer presente a Dios en la historia es seguir a Jesús cargando con la cruz de lo crucificados. No con una cruz abstracta y sin historia, sino concreta, salvadoreña. “Cristo es Dios majestuoso que se hace hombre humilde hasta la muerte de los esclavos en una cruz y vive con los pobres, así debe ser nuestra fe cristiana” (homilía del 17 de febrero de 1980). Monseñor lo intuyó desde el principio. En Aguilares, el 19 de junio de 1977, comenzó la homilía con estas palabras: “A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres”.

En su última homilía dijo monseñor: “Esta semana me llegó un aviso de que estoy en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana; pero que quede constancia que la voz de la justicia nadie la puede matar ya”. Poco antes había dicho estas palabras memorables:

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en

el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá sí se convengan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás. (Entrevista en *El Diario de Caracas*, marzo de 1980).

“¡Cese la represión!”

Hemos comenzado esta introducción a las homilías de monseñor con las últimas palabras de su última homilía en el hospitalito. Ahora terminamos con las palabras finales de su última homilía en Catedral el 23 de marzo. Son palabras únicas. Ciertamente, monseñor Romero pensaba sobre su vida y su destino, como acabamos de ver, pero siempre, y hasta el final, como si se le hubiese convertido en segunda naturaleza, pensó antes que nada en su pueblo sufriente. En los meses de enero y febrero la crueldad y el sufrimiento se habían desbordado. Había habido más de seiscientos muertos, y monseñor repetía: “Nada me importa tanto como la vida humana” (homilía del 16 de marzo de 1980).

Las palabras finales de su última homilía en Catedral son un grito que ha quedado como un hito en la historia del país, de la Iglesia y de esta humanidad nuestra. En un párrafo denso, con total amor a Dios y a las víctimas, hablando no desde sí mismo, ni sólo desde una doctrina social o una ética, sino hablando “en nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo”, dijo las siguientes palabras que nunca antes se habían escuchado en Catedral ni nunca después se han vuelto a escuchar. El estruendoso aplauso con que fueron acogidas, nunca antes escuchado y nunca después vuelto a escuchar, fueron el *amen* del pueblo.

Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del Ejército, y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona,

no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión! (23 de marzo de 1980).

* * *

Pocos días después del asesinato de monseñor Romero, en una misa celebrada en la UCA, el padre Ellacuría dijo estas palabras: “Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Estas homilías han sido publicadas para que la palabra de monseñor Romero permanezca viva. Y para que, de su mano, Dios siga pasando por El Salvador.

Para quien sabe escrutar la historia, monseñor sigue vivo en este mundo nuestro, tan calamitoso y tan esperanzado. Y a veces, ciertamente en estos días, su presencia es inocultable.

El 2 de marzo, Noam Chomsky, prominente pensador estadounidense, luchador de muchas causas nobles, “perdidas” dirán algunos, acosado de muchas formas por los poderes establecidos, acababa de cumplir 80 años. El diario *El País* le hizo una entrevista sobre temas bien conocidos profesionalmente por el autor: la situación de la política internacional, los medios y otros. Pero, rompiendo la lógica, la entrevista termina con una pregunta personal: “A su edad, ¿qué le hace seguir luchando?”. Y Chomsky dio esta respuesta: “Imágenes como esa [Chomsky indica un cuadro que cuelga de su despacho en el que se ve al ángel exterminador junto al arzobispo Romero y seis intelectuales jesuitas asesinados en El Salvador en los ochenta por los escuadrones de la muerte]. Uno de mis fracasos es que ningún estadounidense sepa qué significa ese cuadro”.

El 15 de marzo algo muy nuevo ocurrió en El Salvador. Arena, que nunca había pronunciado oficialmente el nombre de monseñor Romero —entre otras cosas, pienso que por miedo y por la incapacidad que producía una especie de parálisis fonética—, perdió las elecciones. El vencedor, Mauricio Funes, sí lo pronunció. Analistas habrá que juzguen sobre su convicción e intención, es decir, se podrá analizar —ojalá que con justeza y justicia— la subjetividad de una persona. Pero remitirse a monseñor Romero y hacer de él, en ese día, la realidad más entrañable del país, es algo que posee en sí mismo un peso de objetividad inocultable: monseñor sigue vivo. En su primer discurso oficial, Funes dijo:

Hago mío el mensaje profético de nuestro obispo mártir monseñor Óscar Arnulfo Romero, quien, en un claro apostolado, dijo que la Iglesia tenía una opción preferencial por los pobres. Esa será la ruta de mi accionar, buscando siempre favorecer en forma preferencial a los pobres y a los excluidos.

Y más adelante en la celebración popular dijo:

Quiero dedicar esta presidencia a un santo que ilumina al pueblo salvadoreño. Quiero dedicar esta presidencia a nuestro obispo mártir monseñor Óscar Arnulfo Romero. Trabajaré como monseñor Romero quería que los hombres de su tiempo gobernarán; gobernaré como monseñor Romero, con valor, con el coraje que, con una visión profética, pidió a los gobernantes de su época que escuchen el clamor de justicia del pueblo salvadoreño.

Mis armas no son otras más que la Constitución de la República, que será la brújula para la construcción de un Estado social y democrático de derecho donde nadie podrá estar nunca más encima de la ley ni utilizará la ley para beneficio propio.

Pero también gobernaré con la Biblia, con el mensaje del Señor Jesús, porque no podemos reconstruir nuestra sociedad si no empezamos desde una visión cristiana.

En la vigilia del 21 de marzo, durante la marcha y ante Catedral, muchos salvadoreños y salvadoreñas sintieron una vez más la presencia de monseñor. Con sentido humano y cristiano —y con exquisito sentido teológico—, no expresaron esa presencia, al menos no en lo fundamental, porque ahora tuvieran en sus manos “más poder”, sino que la expresaron en un sentimiento de dignidad, esperanza y alegría. Con monseñor podían seguir trabajando y caminando. Y celebrando la vida.

El día 26 de marzo, por primera vez en la historia del país, se instauró un tribunal de justicia restaurativa para que, tras desentenderse de tanto crimen, por vileza o por la ley de amnistía, el Estado reconozca su culpa y pida perdón; para que las víctimas recuperen dignidad; y para que después de muchos años se den pasos de reconciliación. En los esfuerzos denodados de muchos profesionales por instaurar el tribunal, y sobre todo en la palabra de los testigos, familiares de las víctimas y a veces víctimas ellos mismos, en la dignidad, el alivio, la mano tendida que expresaban esas palabras, monseñor Romero pasaba por El Salvador.

Dios tiene sus caminos para hacerse presente entre nosotros. También tiene sus vericuetos, a veces insospechados. De lo que no tenemos duda es de que se hizo y se hace presente en monseñor Romero.

Que la publicación de estas homilias de monseñor ayude a que se nos abran ojos y oídos para ver y escuchar a Dios. Y para cumplir su voluntad, como lo hizo monseñor.